“Anita y la educación ¿utópica?”

Por Angela Bloomwood

Cierto día, una joven estudiante llegó –como normalmente solía hacer en aquellas frescas mañanas- a aquel enorme espacio de edificios altos y jardines amplios llamado escuela. Caminaba a paso moderado a pesar de ir tarde ya para la primera clase. Miraba alrededor por curiosidad pura hacia los demás compañeros, no prestando la mínima atención al camino: le era tan conocido como su casa misma.

Cuando llegó al aula 16 en el segundo piso, apenas saludo a nadie y se colocó en el sitio habitual.

La profesora en turno había comenzado su clase, más ella ignoró con toda intención sus palabras: le parecía especialmente aburrida su voz ante lo suave y monótono que hablaba. Además, sus compañeros de clase no ayudaban. Siendo de diversas disciplinas universitarias y con poco tiempo conociéndose entre sí, asombraba el bullicio enorme que producían, pareciéndose más a una tienda de ofertas que un aula de estudio, aunque el paso del tiempo transformó aquello en débiles zumbidos que apenas notaba. Es entonces que la joven de nombre Anita, se preparaba para lo que acontecía después: finalizar la clase, comenzar la rutina; reír con sus amigos durante el descanso, lidiar con la rutina; poner atención en las siguientes clases, sobrellevar de nuevo la rutina. Rutina, rutina y más rutina... aquello comenzaba a ser molesto e inquietante.

Cada vez que observaba a los demás –alumnos y profesores por igual- se preguntaba si sentían o habrían sentido alguna vez lo mismo que ella en esos últimos tiempos. Se miraba entonces con gran desconcierto en su reflejo a través de los ventanales de las aulas, posaba lo más recta posible para sí misma mientras llevaba sus traviesos mechones negros detrás de su oreja, y se preguntaba en voz alta:

-¿Qué sentido tiene la escuela?

Después y casi instantáneamente, se sonreía con tristeza, porque sabía la respuesta a tal cuestión y ello atormentaba de sobremanera.

La encrucijada de saber que su concepto de “educación” difería en miles de kilómetros de la realidad no le ayudaba a mejorar su humor. Por un lado, el concepto que había formado a través de los años, le decía que la educación era el conjunto de herramientas necesarias para desempeñarse y desenvolverse de forma satisfactoria en todos los aspectos: laborales, personales y humanos como ente social y como persona. La realidad- por otra parte- le mancillaba una y otra vez la idea anterior, reafirmándose cada vez que su espíritu inquieto se atrevía a cuestionar a alguien más.

Ejemplo de ello era Nicolás, su mejor amigo y su contraparte total. Mientras Anita elegía cuidadosamente sus palabras, Nicolás simplemente soltaba su sentir y siempre tenía una opinión para todo. Su complexión delgada a lado de ella solo era compensada por la altura casi estándar que ambos compartían.

-dime Nicolás-había hablado apenas tres días antes cuando ambos se encontraban recostados en los jardines detrás del laboratorio- ¿para qué estudias?

-que pregunta más extraña y obvia-había dicho él mientras dirigía de nuevo su atención al libro entre sus manos- quiero ejercer como abogado en un buen bufete en la Cd.

-¿entonces estudias porque esperas un título que te permita ejercer?-insistió ella.

-todos venimos a eso, así que si-le dijo el, haciendo una breve pausa- ¿tú porqué vienes sino?

En aquel momento, Anita no pudo responder su cuestión, no porque no quisiera, sino que sabía que su respuesta seria vista como ilusa en exceso a los ojos de los demás.

La realidad le mostraba que la educación en algún momento se trastornó tan ferozmente, que solo importaba obtener el conocimiento aceptable que te permitiera obtener un título, siendo una idea generalizada que se cimentó en cada mente y cada persona.

De sobra conocía que no podía juzgar a nadie, pues ella misma esperaba el tan anhelado trozo de papel que la certificaría como una profesionista, pero aquella mentalidad conformista y estereotipada le molestaba de sobremanera.

“¿Aquello no era una especie de simulación? ¿Una copia barata del verdadero significado educativo? ¿En qué momento se permitieron invadir del difícil mundo exterior haciendo de la educación una institución lucrativa más?”- pensamientos así cruzaban una y otra vez su mente con tanta frecuencia que comenzaba a sentir las enormes ganas de hablar con alguien y ser escuchada.

Toda su vida escolar-que tuvo la fortuna de ser tanto pública como privada- visualizó los mismos resultados: los alumnos asistían al aula, los profesores compartían su conocimiento; los alumnos estudiaban de libros, de internet y de apuntes, y los profesores englobaban su evaluación en un simple número; los alumnos jugaban y deambulaban en cada rincón de la escuela, los profesores ataviados, continuaban su labor con pequeños descansos.

“¿Y dónde queda aquel maravilloso sentimiento del saber, aquel que, siendo pequeños, nos vendían e introducían en la mente? ¿Dónde queda aquel alimento diario que el ser humano debe procurar y practicar más allá de solo memorizar?”- se preguntaba con furia cada vez que algún profesor le entregaba en un banal numero lo que se supone equivales en el arte educativo.

Su nariz se arrugaba mientras las cejas parecían fusionarse en una sola, entendiendo todo aquello como una obra de teatro.

Todos por igual, actuaban el papel que les correspondía -siendo maestro o siendo alumno, siendo padre de familia o siendo un servidor administrativo- pero al bajar el telón, aquella atmosfera se desvanecía. Es como si la esencia del significado de aprender y educar, fuese como el aire mismo, yendo y viniendo de los pulmones, y solo dejando residuos de lo que alguna vez fue.

Su determinación ante la ruptura de aquel insano sistema, la llevo a una idea, tan simple y tan eficaz que la llevo a la práctica mucho antes de terminar de pensarla.

Su actitud comenzó a cambiar. Se permitió compartir, comprender aprender de los demás y tomar en serio su papel más allá de cumplir con una calificación. No solo deseaba ser un diccionario andante, anhelaba alimentar su espíritu y calidad humana para beneficio colectivo y personal.

Al principio no sentía cambio alguno y no parecía que nadie más lo notase, pero sabía que aquello no era el punto.

Un año, dos años, el cambio apenas era notable. Conocía a la perfección los límites del individualismo, y la necesidad innegable del ser humano ante la convivencia e interacción social. Sus aspiraciones iban más allá de solo ser una mención honorifica. Comenzó a escribir y divulgar sus pensamientos en pequeños compendios electrónicos. Comprendió que hacerse entender conllevaba saberse comunicar con los medios correctos.

Su sueño, al igual que la historia misma del ser humano, evolucionaba, caía y avanzaba conforme las circunstancias de la vida le iban guiando, más jamás pensaba en un final. Ni siquiera recordaba que aquella palabra existiese, ya que dentro de ella, aquella pequeña flama titilante se convertiría algún día en un gran incendio que se expandiría por todo su ser y traspasaría las barreras físicas con los demás, y, sin caer en pensamientos utópicos, añoraba el día en que al llegar al aula, todos y cada uno de los ahí presentes, saludarían y vivirían con vigor y verdadera pasión la maravillosa y mágica experiencia que un libro, un lápiz y una mente imaginativa pueden ofrecer.